



Todo es negocio

El pseudónimo consejero que nos escribe bajo una firma, que creemos anagramática, excitándonos a escribir algo de temas que nos indica, se equivoca de medio a medio al suponer que en nuestra labor de historiadores contemporáneos podemos alguna vez disponer de informaciones especiales, y no al alcance de cualquier ciudadano español que sepa observar respecto a lo que pasa y quela en las altas esferas de la administración del reino de España. Ni hay nada de esto ni tenemos nada de Procopio, amable consejero pseudónimo.

El cual supone que hay en España hoy dos a modo de consorcio o «trusts» de hombres de negocios — a quienes llama agictistas, acaparadores y otros nombres peores; — el uno de ellos que bautiza de dinástico y de adinástico — no antidinástico — el otro, agregando que pueden llegar a entenderse entre sí ambos grupos.

Nuestro pseudónimo consejero baraja luego una porción de cosas. Nos habla del Banco de España y de las grandes Compañías ferroviarias — y con este motivo del pleito de sus tarifas, — de la Transatlántica, y de los Saltos del Duero, y de la competencia entre las grandes industrias periodísticas, y de la Papelera, y hasta de la empresa de los hoteles Palace y Ritz de Madrid. ¡La de cosas que resuelve nuestro hombre! Y habla de accionistas grandes y chicos, patentes y ocultos. Pero no podemos satisfacer a sus preguntas llenas de malicia y suspicacia.

Nos pregunta por qué hace poco en un diario de la corte, que se cree agredido por el supremo agente actual de uno de esos dos grupos — tal le cree al presidente del Consejo de ministros de S. M., — se hablaba de «ministerialidad» y de «paratinidad», dándose a entender que ésta, la llamada palatinidad — «¡vaya un eufemismo!», exclama nuestro pseudónimo consejero, — no es ajena al pleito entre las industrias de publicidad y de información. ¡Y llega a suponer nuestro hombre tales cosas!...

No, no sabemos nada de eso que nuestro colaborador — pues resulta serlo — supone, y hasta sospechamos que su malicia — cualidad de español, según Baltasar Gracián, y de gato escaldado, según nosotros — le lleva demasiado lejos en sus supuestos. Aunque nos parece muy humano que cada cual, desde el más bajo al más alto, coloque sus ahorros donde mejor le parezca, cotice su protección — cuando pueda proteger, — admita acciones liberadas y lo que se le parezca y se prepare para cuando las cosas vengan mal dadas.

En cuanto a lo que nos cuenta del actual canciller de turno y de sus manejos en pro de los intereses del consorcio dinástico de grandes negociantes, no nos atrevemos a creerlo. Tal es la idea que tenemos del cortesano de la neutralidad a todo trance y costa. Le creamos mucho más «idóneo» que le creyó Maura y para cosas mucho más turbias que le creta éste. No se trata sólo del grifo del presupuesto; se trata de más aun acaso.

En lo que estamos de acuerdo con nuestro malicioso colaborador es en que no hay política, verdadera política en el reino de España. La política gubernamental o ministerial, conservadora idónea, es administración, y administración no toda ella pública ni de bien público. Porque al régimen de clandestinidad y de secreto, despótico, se une un hórrido materialismo. Cuando esas gentes, desde el más alto hacia abajo, hablan de intereses morales y materiales de la nación, lo de «morales» lo ponen para redondear la frase. No creen en nada espiritual, ni cultural, ni moral. El cáncer que devoró la monarquía de Luis Felipe en Francia — cuando un ministro, hugonote por más señas, exclamaba: «¡enriqueceos!» — ese cáncer está devorando a este reino de España, donde apenas se piensa sino en negocios. Todo cargo, toda magistratura, toda, se puede convertir en negocio. Es negocio obedecer y negocio mandar.

Ni hay lealtad. Y si hay curas ateos que cobran por decir misa — y para aquietar lo que de conciencia católica les queda, no consagran al decirlo, dándole así al cliente una ficción de misa, una misa falsificada o huera — puede muy bien, aquí o allí, haber dinastas que no crean en su dinastía. Lo que no quita para que se aprovechen de los gajes del oficio.

Mientras las masas obreras apolíticas se dedican a las huelgas, esos consorcios, dinásticos y adinásticos, se aprovechan de todo y hasta de las huelgas, que cotizan. Y sobre ello vela, mastin de pastores esquiladores, el rizado canciller de turno, presidente del supremo Consejo de Administración del reino de España.

Miguel de UNAMUNO.

